

## MARI NA

*"Cuando por fin se marchó lloré, y durante muchas lunas después mi ansia de vivir fue una especie de tábano tan persistente como el que atormentó a lo".*

Colleen McCullough

**S**iempre me atrajo mas la ruta de San Xil que la tradicional de Samos, de hecho solo he caminado ésta. Debe ser por mi carácter, nunca he dudado, su soledad, lo hondo de sus silvas, la quietud de sus regatos, la extraña humanidad que hay en sus árboles, el carácter altamente espiritual de su atmósfera, el silencio. No recuerdo que año fue, ni importa realmente, solo cuenta porque sucedió y fue tan real como las letras que enfrentas o al menos eso me creo. Era un mediodía de un Abril tardío y soleado, en uno de esos miles de tramos de asfalto gallego, que a fuer de omnipresente parece casi natural. Había saludado el día, como es mi costumbre caminando, en el alto de O Poio, me había dejado ir durante toda la mañana permitiendo que las correoiras fueran mi lazarrillo.

Poca gente había enfrentado esa mañana, un pastor en la otra ladera de un vallecillo, una mujeruca, con un balde de agua en cada mano, cruzando montada en sus madreñas una calle en un villorrio. Un gesto, con la mano, apenas unas pocas palabras. Conmigo como interlocutor único y con las manos en los bolsillos debatía las eternas cuestiones, agarrado a las velas constantes de mis dudas y con un ojo puesto en el compás para no perder el rumbo. Con la única compañía de una rapaz que volaba junto a mis pensamientos y las huellas frescas y furtivas de una raposa en el barro, me dejaba caer aquellos hondones que cobijan Triacastela. Una parada en el bar de siempre, algo de charla con el dueño y un parroquiano en la barra, al pie de un vaso de vino, haciendo tiempo para comer. La charla relajada y cotidiana.

-¿Qué es lo que le mueve a alguien, en los tiempos que corren, a dejar su casa y romper a caminar hacia el oeste? - Preguntó el cliente que resultó ser el Secretario de Ayuntamiento

-Pues no lo se muy bien, y eso, que me lo he preguntado muchas veces. Lo cierto es que uno ciertamente busca algo interior ....

-¡Ya! Y lo encuentra caminando, terció el otro.

-Yo creo intervino el dueño que la mayoría

busca olvidar a la parienta y las letras del piso.

-Si pero debe haber algo más, porque para eso se irían a la costa del Sol, en lugar de mortificarse aquí atajó el Secretario.

-Ya y tu piensas que aquí no hay ambiente ¿no? Pues no he visto yo casos y cosas interrumpió el dueño.

-Si pero no me compares .....

En ese instante una joven pelirroja apareció junto a la barra para indicar que se podía pasar al comedor, ellos seguían allí, ajenos a la presencia del peregrino, que era entre otros el motivo que les permitía seguir oponiendo las ideas del uno a las del otro. Sin decir nada me separé y me abrí paso hacia el comedor.

En la sobremesa me dediqué con mimo a tratar de adivinar mi futuro observando los posos de mi copa de orujo, como queriendo intuir que me reservaba el resto de la etapa. Un rato de abandono cual si fuera el relajo de un monje en el tiempo de recreo, me empujó de nuevo al Camino no sin despedirme del dueño al pasar junto a la barra, que me respondió con un movimiento de cabeza sin apartar la vista del diario deportivo. No hizo falta pensar, mis botas tomaron camino de San Xil. El lugar de la herrería, el regato, la subida a la fuente, el bosque de robles y carrasca, la casa en lo alto de la cuesta. Mas que andar el Camino, él lo hacia por mi, y me llevaba como esas cintas mecánicas por los interminables pasillos de los aeropuertos. Era un bello Camino, que me estaba permitiendo darme más a los otros que tomar de ellos.

Al cabo de un rato en una de las interminables revueltas de aquella cinta de asfalto, columbré una figura a lo lejos que caminaba hacia mí. Seguí con mi cadencia y con mis fijejas, ¿era hombre o mujer? No lo distinguía aun, llevaba pantalones y una camisa blanca, un zurrón de aspecto pastoril. Un sombrero de paja y un cayado completaban su atuendo. Más de cerca me recordó el aspecto de un gancho del Tajo. Conforme nos acercábamos yo miraba con una atención pareja a la que recibía, y ya preparado para saludar levemente y seguir Camino, se detuvo unos pasos antes de cruzarse conmigo.

-Hola, me anticipé.

-Hi, me respondió.

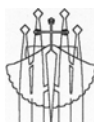
En mis recuerdos me habla en castellano, aunque ahora estoy casi seguro de que entonces se dirigió a mí en inglés, al menos al principio.

-¿Queda mucho para la fuente?

-¿Se refiere usted a la de la vieira?

-Si esa tan enorme.

La cara cruzada de arrugas concentraba toda



su nobleza en una frente despejada, el cabello rubio, cenizo de canas, recogido en un moño que a medias tapaba el sombrero de paja, un cuerpo enjuto que no podía esconder que había sido bello, unos ojos azules y firmes. Todos estos rasgos contribuían a darle un porte distinguido y dotaban a su persona de un magnetismo de esos que atraen con suavidad y producen cosquillas en las sienes. Con todo su rasgo principal, o al menos el que se me ha quedado clavado en el alma, era la paz que irradiaba todo su ser, esa Paz que tanto había añorado encontrar y ¡Ahora la tenía allí presente, justo frente a mí!

–Pues como unos tres kilómetros más o menos.

–¡Vaya creí que estaba mas cerca! Cuando se vuelve todo resulta algo más complicado, las distancias varían su longitud y los lugares se entremezclan.

Instintivamente le alargué mi botella de agua, que tomó con una sonrisa de agradecimiento.

–Solo mojaré los labios, tiene usted un trecho hasta Sarria.

–No, no por favor yo acabo de comer y voy servido por un rato ¿Vuelve a casa?, me picó la curiosidad

–En cierto modo si. Vuelvo caminando desde Finisterra, previamente había salido desde Paris va ya para cuatro meses.

Había algo tenue en su acento pero no la delataba. Se apoyó contra el pretil de la carretera y sacó una bolsa de cuero de su zurrón. El tuteo se instaló entre nosotros de forma natural. Extrajo un papel del librillo acunándolo para darle forma entre los dedos de su mano izquierda, con la derecha hundida en la bolsa tomo un puñado de tabaco negro, que deposito con mimo sobre el papel, a continuación me ofreció los trastos, pidiendo que me sirviera con un suave enarcar de sus cejas. Decliné la oferta y correspondí alargándole mi bota que manejó con soltura, seguí curioso:

–¿Desde donde?

–Idaho ¿y tú?, me respondió.

–De una ciudad a la vera del Mediterráneo, me senté yo también en el pretil metálico, pero empecé en Roncesvalles.

Me preguntó otros datos de mi viaje con dulzura y quietud, con la confianza de quien le pregunta a un colega. Comenzó una conversación en una tarde que, como el Camino, se deslizaba sin prisas. Fuimos intercambiando información, de manera natural, sobre el Camino y nuestras circunstancias. Los compañeros de viaje fueron pasando y saludando en un lento rosario de mochilas

y bordones.

–¿Por qué haces el camino al revés? He conocido a otros antes que tú y ciertamente todos tenéis algo especial, difícil de definir.

Me miró en silencio y se puso en pie, sus ojos anunciaban la partida, me levanté yo también y sin poder evitarlo añadí

–Te acompaño a la fuente ¿te importa?

Lo meditó un instante y aceptó mi oferta tomándome del brazo con una sonrisa. Empezamos a andar despacio y con el sol de cara.

– No creas que volver es fácil. Es un Camino totalmente diferente, no hollado anteriormente, a pesar de que lo hayas pisado mil veces. Es un andar a contracorriente de uno mismo. Es un regalo el poder revisar tranquilamente los errores y volver a disfrutar de los aciertos.

–¿Me hablas del Camino?

–Y de uno mismo, muchas veces para poder progresar hay que desandar lo hecho y volver a caminarlo, algunos a eso lo llaman fracasar, para mi es solo vida. Te hablo del Camino y de la Vida ¿En que se diferencian?

Me habló de los que marcan el Camino, pacesetters creo que dijo, que harto frecuente olvidan a los que vuelven, de la intensa soledad del que retorna envuelto entre la gente, de los que les confunden con vividores. Me habló casi de todo con la franqueza que daba el saberse comprendida. Y yo más que escuchaba, leía con avidez sus palabras.

En silencio enfocamos una larga bajada, un sol decadente miraba con ojos muy abiertos a dos peregrinos que volvían, y que en pocos minutos hablan tejido un fuerte lazo de humanidad. Un vencejo cruzó frente a nosotros encontrándose de sopetón con sus palabras

–Ibarguen

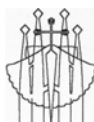
–¿?

–Marina Ibarguen. Es mi nombre completo de soltera, hace poco que lo he recuperado. Un brillo húmedo y leve cruzó con presteza su mirada

–¿Eres española?, su acento parecía demostrarlo.

–No exactamente pero mi abuelo era de Las Encartaciones, era pastor ¿sabes?

Quedé por un momento confundido, ¿Un vasco ejerciendo de pastor en el centro de las llanuras del Imperio? Afortunadamente di rápido con la respuesta era sin duda uno de aquellos pastores que emigraron, desconocidos para muchos, a las Américas del Norte que los hubo y muy reconocidos en su oficio, casi todos vascos. Lo comenté y quedó sorprendida.



-¿Sabías tu de eso?  
-Repetidas convalecencias dan para eso y mucho más

-Mi madre también era hija de vasco.  
-¡Vasca por los cuatro costados en el país de los Guiris!

-Así que ya ves, si, vuelvo a casa. Vuelvo a visitar el solar de mis mayores. Ya ves en todo examen, siempre hay un último repaso. Caminaba de vuelta, con alguien aparentemente desconocido y feliz de ver como tomaban voz mis propias intuiciones. Llegamos a San Xil, el mismo chucho a la puerta de la misma granja, me miro incrédulo, seguimos adelante en un hermoso silencio acompañado.

-La fuente esta cerca sino me equivoco, ¡vuélvete! que se te va a hacer tarde, me dijo.

-No, no, te acompaño hasta allí, es pronto y aun tenemos de que hablar

-Te lo agradezco. ¿Sabes? No es corriente desandar el Camino acompañado

Allá en lontananza se dibujaba la Sierra al filo del cielo, con sus nombres míticos en la cultura Jacobea, O Poio, O Cebreiro, La Faba, Hospital... la puerta de Castilla, Camino de segadores. El camino sin embargo se lanzaba a la sima de Triacastela, ¡tenia razón Marina el Camino al revés es diferente!, nunca me había fijado en lo bajo que se ve Triacastela, en lo profundo de los pliegues que la envuelven.

La fuente estaba ante nosotros, nos acercamos a beber, de uno de sus bolsillos surgió un pastillero, tomo dos pastillas que trago con un sorbo de agua.

-Es la Rusca ¿sabes? A veces ataca fuerte.

En principio no entendí, pero al cabo de unos instantes José Luis vino a sacarme del aprieto. No dije nada por prudencia, pero no lo hubiera imaginado sino lo hubiese declarado ella de manera tan sutil.

En mi interior una oleada de sorpresa me subía hacia los ojos, la refrené como mejor pude.

-Continuaría contigo, esboché.

-Cada uno tiene su Camino y yo tengo que hacer el mío.

-Pero....

-No padezcas, a la vida hay que tomarla como viene. Hay que aceptar lo que te da y aun más hacerlo

con una sonrisa agradecida

-Toma mi teléfono - Le alargué un papel con mi número.

-Fíjate, añadió. Con todo lo peor seria que no hubiéramos coincidido, que nos hubiéramos pasado de largo. La soledad lo es menos con el recuerdo o la

imagen de los otros.

Se acercó para recoger el papel y me dio un beso, cogió sus cosas y siguió lenta carretera abajo, yo me quedé mudo y quieto viéndola marchar, ni un rictus de tristeza en mi cara. Tan solo la melancolía de una despedida, y la esperanza de un futuro, esbozado en un ahora, por alguien ya de vuelta. Antes de entrar a la trocha que se hundía en el bosque de carballos, se giró y levantando un brazo me envió el último saludo, cual si fuera la vieja sirena en la rada de Alejandría, y desapareció.

Quedé unos instantes sin moverme, lentamente me giré y retomé mi Camino ascendiendo la cuesta hacia el alto de Riocabo. Me sentí en paz, tocado por ese espíritu que muchos reconocen. Caminaba despacio recordando las palabras de las últimas dos horas, repasando la lección.

El perro volvió a ladrar como conviene a un can serio y de fiar ante un individuo de apariencia sospechosa. Seguí ensimismado el Camino, pasaron Montán y Pontearcuda la noche se cernía sobre mí. Antes de Furela rendí mis huesos al pie de un carballo, y me puse a platicar con las estrellas, les hice un montón de preguntas esenciales, repasé con las lechuzas, como había visto hacer aquella tarde, aspectos de mi vida, y tuve dos o tres intuiciones, una de ellas me decía que sin duda ninguna algún día haría mi propio Camino de vuelta.

De Marina supe por una llamada desde un aeropuerto, que había llegado a su objetivo en condiciones y que volvía a casa. El silencio y la soledad son palpables como una losa cuando alguien se va, pero una persona vive mientras alguien la recuerda.

Marina, estés donde estés, en esta vida o en la otra, en el todo o en la nada, ya ves que te tengo en el recuerdo, esta carta es buena prueba. Gracias por los consejos que no me diste. Gracias por el ejemplo que me regalaste. Gracias.

Pedro Viejo

**Marina, estés donde estés, en esta vida o en la otra, en el todo o en la nada, ya ves que te tengo en el recuerdo, esta carta es buena prueba. Gracias por los consejos que no me diste. Gracias por el ejemplo que me regalaste. Gracias.**

